

Guión de la obra *Low Cost [Paisaje escénico #1 sobre la crisis climática]*¹

Dramaturgia: Laura Uribe

Low Cost [Paisaje escénico #1 sobre la crisis climática] se estrenó el 9 de octubre del 2019 en el teatro Salvador Novo del Centro Nacional de la Artes, en la Ciudad de México, con la actuación de Antonio Salinas y Julia Alós.

NO PODEMOS VOLVER ATRÁS. INTRODUCCIÓN

Nuestro planeta es vasto. La tierra lleva millones de años con cambio constante; ha vivido calentamientos y enfriamientos globales. Pero hoy la escala de los rápidos cambios que la humanidad le ha traído a la Tierra está amenazando su equilibrio. Ha sido menos de un segundo sideral el tiempo que la humanidad ha tenido con este planeta. En este segundo sideral, la población, la producción y el consumo han crecido exponencialmente. En los últimos cincuenta años duplicamos nuestra población, triplicamos el agua que consumimos y cuadruplicamos el uso de consumibles fósiles. Las aceleradas emisiones de dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero, sin precedente en la historia de la humanidad, han provocado la alteración del sistema vital de la Tierra. Estos gases ocasionan que las radiaciones naturales del sol que entran a la Tierra se queden atrapadas en la atmósfera. La conservación en la atmósfera de estos gases ha permitido la vida en el planeta, pero la cantidad actual provoca el cambio cli-

¹ Obra financiada gracias a la “Convocatoria para proyectos de apropiación social del conocimiento de las humanidades, ciencias y tecnologías 2019”, del Conacyt., título “Generando CON-CIENCIA sobre el cambio climático”, con el número 0000000002-97992. Responsable Técnica: Dra. Alice Poma

mático, mejor enunciado hoy como crisis o colapso climático por sus consecuencias. Cada cuatro días el planeta tiene un millón más de habitantes. La Organización de las Naciones Unidas (ONU) pronostica que para el final del 2100 la población llegará a los once mil millones. La mayoría se concentrará en las ciudades. ¿Cómo va a lidiar el mundo con esta explosión demográfica? El cambio climático es real y es causado por la conducta humana. Los glaciares se están derritiendo, el nivel del mar aumenta, las selvas y los bosques se incendian, los ríos y los lagos se están secando, la fauna y la flora se mueven con gran dificultad para seguir este vertiginoso ritmo. Científicos de la National Aeronautics and Space Administration (NASA) confirmaron que con el calentamiento global 38 ciudades mexicanas, sin contar el resto del mundo, desaparecerán bajo el agua. México será uno de los países más afectados por el incremento del nivel del mar, pues al estar rodeado de agua sus costas fácilmente quedarán anegadas; Mérida pasará a ser costera y Cancún no será más que un recuerdo. Además de perder gran parte del territorio nacional, la extinción de flora y fauna será un golpe muy duro para el ecosistema.

Hace unos meses fuimos testigos de la deforestación descomunal del Amazonas, que es el pulmón del mundo, y para su recuperación será necesario que pasen entre doscientos y trescientos años. La temperatura ya ha aumentado 1°C. Si no se toman medidas, para el 2030 la temperatura habrá aumentado en 1.5°C y para el 2050 llegaremos a 2°C, y con eso enfrentaremos terribles consecuencias. Pero no todo está perdido. Tomar medidas hoy para la reducción de los gases de efecto invernadero nos permitiría mantener el ecosistema como actualmente lo vivimos, aunque los gases que ya están en la atmósfera no se eliminarán sino en millones de años. No podemos volver atrás. La crisis climática que actualmente vivimos es irreversible. Pero aún estamos a tiempo de evitar lo peor.

La conferencia

En un museo de artes y ciencias en París, a mitad del invierno, se han congregado expertos internacionales de diferentes disciplinas científicas para exponer sus más recientes investigaciones en un ciclo de conferencias sobre la nueva era, el cambio climático y las colonias neohumanas en el siglo XXI. Más de trescientos expertos de 195 países han acudido para debatir sobre las nuevas perspectivas entre los seres humanos y el mundo natural. Entre los ponentes hay científicos, filósofos, periodistas, líderes políticos, empresarios e incluso artistas. En el museo hace mucho calor. Todos se saludan un poco apenados porque es imposible camuflar el sudor de sus cuerpos. Un científico toma el micrófono y dice: “Hace más de diez mil años que comenzó el Holoceno (del griego *holos*, todo, y *kainos*, reciente), pero las actividades humanas han tenido repercusiones tan importantes y generalizadas en el sistema terrestre que algunos científicos nos estamos preguntando desde hace más de veinte años si se debe considerar que la humanidad ha entrado en una época geológica denominada Antropoceno (del griego *anthropos*, ser humano, y *kainos*, reciente). Esta nueva era pone sobre aviso a la humanidad de los siglos XX y XXI de los peligros que sus actividades entrañan para la Tierra”. Los científicos e investigadores argumentan, defienden sus puntos de vista y discuten sobre esta cuestión. ¿Cómo se puede fechar el inicio de este nuevo periodo hipotético? O, dicho de otro modo, ¿desde cuándo somos responsables los humanos de un proceso que puede ser funesto para nuestro planeta? Varios murmuran: “Qué calor hace; hace mucho calor, estoy sudando”. Para algunos, el Antropoceno no es más que un nombre alternativo para designar a la época holocena, ya que desde sus inicios (hace diez mil años) la invención de la agricultura y la sedentarización de la especie humana empezaron a presionar a la naturaleza. Para otros, el Antropoceno habría comenzado en torno al año 1800, con la Revolución industrial. Por último, otros fechan el

principio de esta época en 1945, año de la explosión de la primera bomba atómica. Se inventa la aviación, pero también a alguien se le va a ocurrir que los aviones pueden servir para la guerra, porque todo lo que inventa el ser humano alguien lo tuerce y lo usa para la guerra. Todos sin excepción alguna están sudando. Hay un calor parecido a un baño sauna, pero con el aire acondicionado a tope. Donna Haraway, profesora emérita y distinguida del programa de Historia de la Conciencia, comienza a contar una experiencia: “Cogí el tren hacia el norte y llegué a la estación de Princeton. Era un bonito día de primavera. Había muchos estudiantes de la universidad tomando el sol en un césped precioso y carísimo, sonriendo. Los miré y pensé que había algo extraño en esa escena, algo un poco inquietante. ¿Hubo una invasión alienígena? Eran muy guapos y estaban muy en forma. Pero lo que me sorprendía era que todos tenían los dientes muy rectos. Los dientes enderezados. Parecía como si todos hubieran ido al ortodoncista. Yo les daba clases a estos estudiantes de dientes impecables. Y me interesé por la historia de la ortodoncia profesional. ¿Cómo sabe el ortodontista cuándo parar? ¿Cuál es la mordida ‘correcta’? Conocí entonces a un antropólogo físico, Loring Brace, que también está aquí. Hola, Loring. ¡Sí, mucho calor! A Loring también le interesaba investigar sobre el mismo tema. Y él escribió que la bioantropología evolutiva, de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, establece la progresión de las mandíbulas grandes de los *prehomo sapiens* a la mandíbula del *homo sapiens*, determinando que la ortodoncia se ha construido a partir de un modelo de representación que pertenece al ángulo facial de las estatuas de los dioses griegos. Una imagen fundamentalmente racionalizada y racista. De manera que la mordida correcta proviene de una población que nunca ha vivido en la Tierra, excepto en forma de escultura. Repito, excepto en forma de escultura. El ángulo facial correcto es el de las estatuas de los dioses griegos. Es el de las estatuas de los dioses griegos”. Donna Haraway cierra su discurso abochornada por el calor y riendo a carcajadas, mostrando sus dientes chuecos. *Ja, ja, ja.* Un

economista murmura a su compañero de al lado: “¿Eso qué tiene que ver con el cambio climático?” Una investigadora se levanta y toma el micrófono; pese a todas las divergencias, son muy pocos los que no reconocen que en los últimos cincuenta años el estado de la Tierra se ha deteriorado con una rapidez y una espectacularidad jamás vistas anteriormente. Son consecuencia de esto los gigantescos montones de plástico que se acumulan en mares y playas, la enorme fabricación de nuevos materiales tóxicos que cubren la superficie terrestre y apenas se reciclan, los suelos embebidos de fertilizantes agrícolas, el aumento de la acidez de los océanos, los índices récord de contaminación del aire, la intensa erosión de los bosques tropicales, los trastornos de los ecosistemas, la extinción masiva de algunas especies vegetales y animales, la drástica reducción de la diversidad biológica, el calentamiento climático producido por la veloz acumulación de las emisiones de gases de efecto invernadero y más concretamente de las de dióxido de carbono... Otro científico, fatigado por las horas que lleva sentado explosivamente pregunta: “¿Quién tiene la culpa de todo esto?” El silencio tensa la sala. Todos miran de reojo su *smartphone*, sus *iPods*, *iPads* o *MacBooks*. Un artista, en un tono muy emocional, dice: “¿Cómo que quiénes? Nosotros, los seres humanos”. Un economista con sudor en las manos y la camisa empapada le contesta: “¡Queda por saber si todos somos responsables por igual! La responsabilidad esencial es del sistema capitalista occidental y por eso sería preferible hablar de una época capitalocena u occidentalocena”. Suely Rolnik, psicoanalista y crítica de arte, se levanta y dice: “Mejor deberíamos llamarla época antropofaloegocapitalooccidentalocena”. Todo mundo está un poco confundido, sobre todo la audiencia. Otra mujer con sangre derramándosele de la nariz por el calor pregunta: “Disculpa, ¿hay soluciones?” Un experto con gafas empañadas por el vapor del ambiente dice: “Es complejo; no resulta fácil encontrar la solución a este problema. Sugiero que cada país, de manera voluntaria, se comprometa a reducir su emisión de gases de acuerdo con su desarrollo económi-

co...” Donald Trump interrumpe tomando el micrófono: “No, no, no; esta conversación ya va muy mal. Mi deber es proteger a mi país de la injusticia. Estados Unidos sólo negociará cuando haya términos justos para Estados Unidos. Es mi deber como mandatario electo, electo, electo, ayudar a las industrias del petróleo, el carbón, y a la generación de empleos en mi país. No voy a permitir que otros países se rían de nosotros. No lo harán. Fui elegido para representar a los ciudadanos de Pittsburgh, no de París”. En ese instante se genera un barullo intenso. La sensación térmica es más pesada que la de un baño turco a *full*. “Pero si su país y China son los que más contaminan en todo el mundo”, grita un biólogo al fondo. Donald Trump hace caso omiso del comentario y al mismo tiempo que se retira el cabello güero de la cara, ya que el sudor y el calor provocan que se le estropee el peinado, dice: “Para cumplir con mi solemne deber de proteger a Estados Unidos y a sus ciudadanos, Estados Unidos se retira del acuerdo climático de París”. Estados Unidos se retira del acuerdo climático de París. La decisión del presidente estadounidense es recibida como un balde de agua fría por la comunidad internacional, lo que les viene bien para refrescarse un poco. *Ja, ja, ja*. Dejando los chistes atrás, un hombre que a juzgar por su apariencia podría ser un artista, camina por todas las sillas del lugar que han quedado vacías como si lo persiguiera un gorila o un extraterrestre. “Tengo algo que decir”, se pronuncia el artista, mientras se limpia el sudor con un pañuelo: “No me cabe la menor duda de que tú, Trump, eres un genio de la política; manejas los tiempos como un maestro de la comedia, / haciendo tus mejores chistes públicamente / negando las pruebas de millones de científicos sobre el cambio climático que está atravesando la Tierra. / Carajo, es muy fácil, / dejemos de usar el jodido automóvil de mierda, / tenemos que dejar de generar CO₂, que es emitido por los cientos y miles de fábricas que producen cualquier clase de estupideces inservibles, / pero que nos las meten hasta por el culo para que nosotros como retrasados queramos comprarlas / y todo lo producen con petróleo, que es altamente

contaminante; / eso hace que se desprendan gases que acumulan el calor de la radiación solar y que están provocando que la temperatura del planeta aumente; / si superamos los dos grados centígrados estamos quemados, ahogados, muertos. / No podemos hacer nada por revertir el cambio climático, pero sí podemos hacer algo para no empeorarlo; es decir, esto es irreversible, / se deben tomar medidas extremas no para evitarlo, eso ya no es posible, sino para por lo menos poder estar como estamos ahorita con este calor de mierdaaa, / pero que aún me permite respirar para mantener estable lo irreversible; / también hay que dejar de llenarse hasta el hartazgo de carne roja, que repercute en la gran cantidad de emisión de estos gases; los pedos del ganado que se reproduce transgénicamente están llevándonos al hoyo; / el que quiera comer carne matará a su propia vaca, la tendrá que criar, convivir con ella, ponerle un nombre y luego asesinarla, a ver si lo logran; / no puedo creer que India, que es más pobre, invierta más en energías renovables que China y Estados Unidos, que son los países que más contaminan este planeta. / Serán los países en situación de pobreza los que sentirán más el impacto del calentamiento global; / como todo en este sistema de mierda, los más culeros quedarán intactos; / por eso les vale madres seguir con sus humaredas de mierdaaa. No te salgas, Trump ¡DETÉNGANLO! / No te rías, que te voy a partir la cara. ¡Firma tu responsiva del daño! Y tú no te me escapas, Bolsonaro, hijo de puta; no me queda la menor duda de que el Amazonas te molesta, te hiere tener tanta selva y tanto bosque, / porque no te sirve para seguir tu producción de carne y soya, que se te venden muuuyyy bien en China. / Me queda claro que los incendios del Amazonas han sido gracias a que tú lo has permitido. ¿Y saben qué? / Yo no me trago esas campañas culpígenas, que ustedes mismos promueven, de ‘pon la basura en su lugar’ y ‘báñate en tres minutos’, que lo único que hacen es culpar a la humanidad en abstracto por este calor. / ¡No, señores y señoras! / El hecho de que en este momento nos estemos derritiendo igual que los glaciares, sofocándonos como las focas y los osos

polares, y muriéndonos como los millones de corales que están hirviendo vivos, tiene responsables y tiene nombres. / No me miren mal, no; / muchos de aquí sabemos que el diez por ciento de los empresarios más ricos del mundo, en donde por su puesto están incluidos Bolsonarito, Donald, sus amigos, sus familias, entre otros, producen el cincuenta por ciento de la contaminación total de todo el planeta”. En ese instante, el equipo de seguridad del museo intenta bajar al artista del escenario. “¿Qué les pasa? ¡Suéltenme, déjenme que no he terminado! Estoy transmitiendo en vivo; suéltenme,/ que viajé hasta acá en medio de una turbulencia de mierda, también causada por todo este colapso climático, para decirte exclusivamente, Bolsonaro,/ que encima de todo eres un cínico; lloré de impotencia cuando te escuché declarando con tu sonrisita estúpida: ‘El Amazonas es nuestro, no de ustedes’. / ¡¿No te cabe en la cabeza que esa selva es el pulmón del mundo y no es tuya?!” Bolsonaro, gateando debajo de las sillas, trata de escapar de la sala del museo; un grupo de mujeres trans bloquea la salida. Bolsonaro le escupe a la cara a uno de ellos. El artista, sofocado, continúa: “¡Deténganlo, no lo dejen salir! / Ven y sube a dar una disculpa pública por el humo que está entrando aquí, y también a la comunidad LGBTTIQ. / ¡Déjenlo ya que se largue! / Y a ustedes, Bolsonaros, Rockefellers, Trumps, Erdogans, Merkels, Macroms, Inglaterras, Suizas, y tú no te vas limpio, AMLO, con tu Tren Maya. / Le están echando gasolina al fuego, porque son conscientes de que se les acaba el tiempo para sacarle la última caloría a la Tierra. / ¡Señoras y señores! / El capitalismo contemporáneo se ha dado cuenta de que ya hay un límite para la profunda desigualdad que ha generado; / vivimos muy mal, el modelo de lo que pensábamos que era la civilización y el progreso está en crisis. Déjenme decirles, / grupito de negacionistas, que seguramente están pensando que mi discurso es extremista y radical, / que en los países industrializados se nos enseña desde niños a no dejar las luces o los aparatos eléctricos encendidos, a no desperdiciar el agua del grifo, / a montar en bicicleta o a caminar en lugar de uti-

lizar el auto: / En muchos lugares de África no hay electricidad ni grifos ni autos y a pesar de eso los niños de la región del lago Chad serán los primeros afectados por el cambio climático. / Por mí que desaparezcan Estados Unidos y China junto con su producción de llaveros de tortugas vivas que venden como *souvenirs* afuera del metro de Hong Kong”. A algunos el discurso del artista les parece melodramático y a otros más bien excesivo y exagerado. / Que le metan por el culo esa bolsa de cosméticos de plástico a aquella que se está maquillando con sus pinturas hechas de petróleo; / se acabó la producción de cualquier derivado del petróleo; ningún producto puede ser admitido en ningún supermercado si lleva envoltura de plástico. / Productores y consumidores, desde hoy la sociedad se desplastificará por completo y se multará con trabajo forzado limpiando los mares y las calles / al que sea sorprendido con una sola bolsita de plástico. Y todas las empresas como Coca-Cola y Nestlé, sí, ustedes, ¿me están escuchando?, / deberán recoger toda su mierda de basura de los mares y cerrarán sus empresas si siguen produciendo un solo producto con plástico y sobreexplotando los acuíferos de América Latina y África. Tú también estás incluido, güerito guapito de Evian, no te hagas pendejo. A todos los hombres se les aplicará la vasectomía desde su primera erección; hombres, mujeres y géneros no binarios tendrán que pedir autorización a la comunidad para poder reproducirse; / el permiso de procreación sólo se autorizará al pasar de manera sobresaliente exámenes psicológicos de habilidades técnicas, manuales, intelectuales, psicométricas de racionamiento espiritual, de nulo índice de machismo y misoginia, / y además un estudio que compruebe que su huella ecológica es baja; / por último, no más producción de ningún alimento generado con aceite de palma; adiós a sus Nutellas, sus Doritos, galletitas Oreo y demás pendejadas que nos hacen ser un mundo obeso; / prohibido comprar ropa; / usarán la ropa que tienen en su clóset hasta que se les desgaste por completo y sólo consumirán ropa fabricada con fibras naturales; / adiós a sus likras poliesters y cien mil telas plásticas; / no tendrán más

de cuatro atuendos, no se necesita más, pueden ser *hippie chic* o del estilo que quieran”. El artista comienza a temblar involuntariamente mientras continúa. “Ah, y con eso de la obesidad nadie podrá ser obeso, a menos que compruebe su diagnóstico; en caso contrario, ser obeso será muestra de su consumo clandestino de aceite de palma, / indicativo de su contribución a la tala descomunal de las selvas tropicales de Indonesia, / la cual también es un punto caliente de biodiversidad, y esas selvas destruidas se verán reflejadas en sus cachetes obesos. /Se acabaron los programas de viajero frecuente, millas y no sé qué más pendejadas que fomentan y exacerbaban la emisión descomunal de dióxido de carbono con sus aviones *low cost*. ¡No habrá más *low cost*!” En la sala, todos se abanicaban con lo que pueden; el calor ya es casi insoportable. El experto de gafas empañadas por el vapor del ambiente está siendo auxiliado por el personal del museo, ya que ha sufrido un colapso respiratorio. La mujer que sangra de la nariz por el calor pregunta con una voz muy dulce: “¿Nos estás pidiendo que volvamos a la Edad Media? Hay energías renovables. El punto, creo yo, es poder convivir con el resto del mundo natural y no pensar que el ser humano es el centro del universo, sino que es de todos”. “Eso estoy tratando de decir, pero no podemos empeñarnos en una solución neoliberalista verde; / me estás mirando muy feo, preciosa de Kellogs, obviamente te queda el saco; a ver, pónitelo con este calor de mierdaaaa. ¿Verdad que no? / Pero qué tal cuando compras cincuenta mil toneladas de aceite de palma al año para tu estúpido elefantito de chococrispis; ahí no pensaste en este calorón, ¿verdad?” Los empresarios abandonan la sala con el maquillaje corrido y las corbatas y camisas abiertas por el calor. “Agarren a los de McDonald’s; Colgate ya se escapó; el de Starbucks, mal nacido, / ojalá no te tope nunca porque... Maldito calor de mierdaaaa, ya sé que todos estamos muy incómodos. / Por último, como ritual de descapitalización, todos harán su propia pasta de dientes, que no necesita más que bicarbonato y agua. Estudiaremos y practicaremos una filosofía construida colectivamente, que nos haga entender

de una vez por todas que el dinero no es todo en esta vida. Que no es más rico el que tiene más, sino el que necesita menos. ¿Qué sería del capitalismo tardío si se nos acaba el apetito, si nos conformamos con lo que somos, con lo que tenemos? Se están haciendo cosas positivas en todos los ámbitos. No hay excusa para no unirnos y provocar el cambio. Sí, el cambio nos dolerá, nos dolerá muchísimo, pero es necesario hacerlo”. En ese instante, el artista cae desmayado. Se emocionó tanto que su cuerpo no soportó más. Parece que después de ese ataque nervioso entró en síndrome de resignación; es decir, en estado de coma voluntario, y despertará también voluntariamente cuando las cosas hayan mejorado. Bueno, si es que mejoran. Después del desmayo del artista, otro silencio considerable tensa nuevamente la sala. Alguien grita: “¡No funciona el aire acondicionado!” El servicio contratado para la conferencia comienza a meter ventiladores por doquier; son tantos los ventiladores que las tomas de energía se sobrecargan y se hace un corto circuito. El techo comienza a gotear como un baño sauna; el sudor evaporándose ya figura una nata espesa que hace que todos empiecen a ver borroso. Al fondo de la sala del museo, Greta Thunberg, la activista sueca de 16 años, está sentada mirando todo en silencio. Sólo piensa en la vergüenza infinita que le produce estar aquí. Hoy confirma ante sus ojos el fracaso de la Diplomacia Climática al ser testigo de un evento que se ha hecho desde antes de que ella naciera y que no ha servido para nada. No se ha solucionado nada. Greta no sabe si es sudor o son lágrimas lo que sale de su cuerpo. En ese instante se levanta otra científica y en penumbra delante de las cinco personas que quedan en la sala dice: “Para escapar de la inmensidad y de la espontaneidad de la Naturaleza, los seres humanos le hemos puesto límites a las cosas. Porque el cerebro, aunque hablemos incesantemente de libertad, el cerebro necesita vivir limitado, bajo leyes, normas, obligaciones y parámetros. Vivir entre paredes y techos. Entre Estados y religiones. Prácticamente todo nuestro día a día es un marco inventado por nosotros mismos para recordarnos que la Natura-

leza ya no nos interesa; no nos sirve, ya no nos domina. Por eso, honestamente, a la gran mayoría de la humanidad no nos importa que se descongele la Antártida, que se deforeste o incendie el Amazonas, o que se pudran los océanos y se extingan los animales. Porque, en el fondo, ésta es nuestra máxima venganza contra la Naturaleza, derrotarla hasta la sumisión, después de miles de años en que las personas han sido víctimas de terremotos, lluvias, nieve y fuego. Se dice que nosotros estamos dañando a la Naturaleza, pero los habitantes del planeta Tierra piensan que ahora le toca sufrir un poco a ella; tal cual lo enunció el aquí presente diputado del partido de izquierda de México: ‘Ojo por ojo, diente por diente’. Y toda esta rabia de la humanidad se debe a que la Naturaleza nos recuerda que ella es la única realidad verdaderamente espontánea. Y la espontaneidad y la libertad son todo lo que durante siglos hemos rechazado y domesticado. Preferimos la abstracción, el artificio y la negación de lo que realmente somos. Después de escuchar todas las conferencias y las ideas que aquí se han expuesto, he llegado a la conclusión de que la verdad no es tan interesante. El paisaje que vemos con nuestros ojos es insuficiente, en comparación con lo que se puede llegar a imaginar. El sol, la luna, el mar y el viento ya no nos satisfacen. Pronunciar estas palabras es incluso ridículo. Hemos trazado un mapa de todas las verdades y aun así son inferiores a lo que nuestra imaginación puede alcanzar”.

Low Cost

Una poeta espera en el aeropuerto para abordar el avión que la llevará a visitar a su padre enfermo de cáncer, un economista de noventa años con aspiraciones a filósofo. Está contenta por haber encontrado un vuelo casi regalado; incluso habiéndolo reservado con muy pocos días de anticipación. Éstas son las ventajas de los *low cost*, pensó. Después de escuchar que su vuelo está demorado, la poeta desliza su *smartphone*; con la otra

mano se toca y nota que su frente y su nuca están húmedas. En su bolsa de mano de menos de cinco kilos, que es el único equipaje que le permiten llevar a bordo, logró meter su *Macbook*, dos playeras, un short, ropa interior y unos pañuelos desechables que ahora usa para absorber el sudor de su cara. Pasadas dos horas, comienza a impacientarse un poco. Se quita el abrigo. Está un poco preocupada porque su editor le ha pedido que le envíe un avance del material para la publicación de su próximo libro de poemas. Está intentando trazar algunas ideas cuando en su *smartphone* salta una noticia que dice: “Récord mundial: 230 000 vuelos en sólo 24 horas”. Abre la noticia mientras sigue alerta del llamado a abordar su vuelo. “En 48 horas, se ha llegado a medio millón de vuelos y la cifra podría superarse en los meses entrantes. La aviación es un importante emisor de dióxido de carbono; es responsable de cerca del dos por ciento de las emisiones anuales ocasionadas por el hombre”. La poeta comienza a indagar en el registro de esos vuelos y se da cuenta que el suyo es uno de esos 230 000 vuelos registrados. Guarda su *smartphone*. Un extraño calor comienza a inundar el ambiente. Se dirige al baño con el propósito de cambiarse los jeans por el único *short* que lleva en su equipaje de mano. Al lavarse las manos, se quema con el agua. Su grito asusta a las dos mujeres que están paradas frente a los lavabos, mirando fijamente el agua hirviendo salir de las llaves. Otra mujer mueve desesperadamente la llave hacia el señalamiento de la “C”, que indica *cold*, pero aún en *cold* el agua sigue saliendo *hot*. La poeta vuelve a la sala de espera; siente un bochorno por todo el cuerpo. Al mirar la pantalla, se da cuenta de que más de cuarenta vuelos están cancelados y treinta están demorados. Entre éstos, el de ella. En el mostrador ya hay un grupo de personas reclamando; están chorreando de sudor después de las cuatro horas de retraso que lleva el vuelo. La poeta piensa que ha hecho muy bien en traer consigo un *short*, aunque sea invierno. En ese instante, le comienza a parecer muy extraña la sensación de calor que abrumba a todos en la sala de espera. Es invierno, piensa. En el mostrador, el piloto de

la aerolínea se abanica con su sombrero. Trata de mantener la calma, diciéndole a un pasajero desesperado: “La razón es que inexplicablemente la temperatura está muy alta; alcanzamos los 48 grados Celsius; hace demasiado calor y eso impide que podamos despegar”. Una señora exaltada dice: “¿Y eso qué tiene que ver? El avión tiene aire acondicionado, ¿no?” El piloto: “No tiene que ver con eso, señora. Cuando el aire es muy caliente tiene menor presión, lo cual dificulta, y algunas veces vuelve imposible, que los aviones puedan elevarse”. Otra señora española le grita a una de las aeromozas que intenta contener a la gente en el mostrador: “Ostia, llevamos más de seis horas aquí esperando; me está saliendo sangre de la nariz; es por este calor. Y con el poco equipaje que nos permiten llevar no traigo más ropa; no puedo llegar así, toda manchada de sangre; hagan algo, por favor. ¡Ostia!” La aeromoza se quita su mascada; se la da a la señora y le dice: “Disculpe los inconvenientes; en verdad, no es culpa nuestra; no sabemos qué está pasando con esta ola de calor en pleno invierno. Lo del equipaje lo sentimos, pero son medidas obligatorias”. El piloto toma el micrófono y anuncia: “Señores pasajeros, tendremos que permanecer en tierra hasta que el aire esté lo suficientemente frío y denso para despegar. Es posible que el vuelo quede cancelado en caso de que la temperatura del ambiente no descienda. Lamentamos los inconvenientes que esto representa, pero esta situación se nos ha salido de las manos”. “¡Carajo!”, dice otro pasajero, “yo compré mi boleto, así que me regresan el dinero y me explican qué jodidos pasa con esto del calor en pleno invierno”. Un joven que también está esperando su vuelo para ir a una conferencia sobre el clima en París, con la frente goteando y con los ojos anegados a punto de llorar, dice: “Tendemos a ignorar la atmósfera y sólo pensamos que el avión vuela a través de un espacio vacío, pero evidentemente no es así”. La señora española de la nariz sangrante y varios pasajeros también comienzan a llorar. Poco a poco, el cúmulo de personas que reclama frente al mostrador comienza a disiparse. Los pasajeros se dirigen a sus asientos en cámara lenta, mientras

abren y cierran lentamente los ojos, intentando aclarar la mirada, pero la densidad del calor hace que la vista de todos sea extremadamente nebulosa. Todos miran fijamente a la nada. Con la mano derecha, sostienen su *smartphone*, que ya es una prótesis de su cuerpo. La poeta mira aparcado, a través del vidrio empañado por el vaho del calor, su avión *low cost*, y en ese momento piensa que es muy probable que no llegue al hospital para ver a su padre enfermo. Traga saliva; abre su computadora portátil y escribe algo para mandárselo a su editor: “Dentro de unos años morirán definitivamente nuestros padres y años más tarde, poco a poco, morirán nuestros amigos y nuestras parejas. Verán que cada año irán muriendo las personas que antes teníamos a nuestro alrededor. Y después de todo esto, la perspectiva del mundo cambiará. En un futuro, y sin demasiada tragedia, todos aceptarán su propia muerte. La Revolución industrial permitió que acortáramos las distancias; conquistamos la Tierra con los automóviles, los mares con los barcos, el cielo con los aviones. En pleno siglo XXI, esas cercanías parecen alejarnos más. En algún momento dejarán de querer estar en todas partes, porque les parecerán insuficientes. Dejarán de confiar en toda la gente, porque la gente les parecerá insuficiente. Se concentrarán en ellos mismos más de lo que ya están. Y definitivamente se habrán convertido en viejos. Y sentirán que el mundo acaba donde acaba su mano. Les dejará de interesar qué pasa afuera. Y sin darse cuenta, la vida prácticamente habrá acabado. Pero, por el contrario, si están atentos, en un futuro tendrán una perspectiva más lúcida de las cosas, más acertada, menos influenciada. Y si están atentos, sin esfuerzo podrán leer las verdaderas intenciones de las personas. Y podrán separar la mentira de la verdad. Lo útil de lo inútil. Y desearán haber tenido esta lucidez a los treinta años. Y aunque no tengan fuerzas, sí que tendrán las ganas de explicar todo esto a la gente más joven. Pero no tendrán ni su lenguaje ni sus formas ni sus tiempos. Y, por supuesto, ellos no los van a querer escuchar. Y ésta es la verdadera tragedia del mundo. Todo lo que puede suceder du-

rante una vida ya está dicho, escrito y repetido desde hace miles de años. Los temas nunca han cambiado, sólo las formas. Pero no le dirán nada a nadie, porque lo último que querrán siendo viejos es amargarle el día a la gente que los visita de vez en cuando. Una niña llora sin cesar. Dos jóvenes enamorados recuestan sus cabezas una sobre la del otro y se preguntan: ‘¿Llegaremos a ser viejos?’” La poeta para de escribir. Cierra el ordenador y piensa que lo que ha escrito es muy triste y a su editor no le va a interesar. Vuelve a abrir el ordenador y borra todo el texto. Mira por el cristal y piensa en su padre.

Zeppelin

Jimmy Page, el fundador de la banda Led Zeppelin, está varado en el *pub* de un aeropuerto, a la espera de una conexión. Después de la tercera cerveza, le dice a un hombre que al igual que él espera en la barra: “La verdad ya no es interesante. Veo una catástrofe, una matanza o un abuso; todo en el mismo día, y me provoca que nada tenga la importancia que necesita. No deberíamos saber tanto del mundo. Como tú ahora, ¿qué estás mirando en tu *smartphone*? He hecho cientos de conciertos, he conocido a miles de personas, he estado en cientos de ciudades, y he visto que para desplazar el miedo que provoca haber descubierto que la verdad no es tan interesante todo se ha convertido en una fiesta constante. Se ovaciona lo pequeño. Se conmemora lo trivial. Se brinda hasta con uno mismo. Se celebra la misma idea de celebrar. Se han alcanzado todas las verdades y han sido insuficientes. Ahora toda esta verdad se ha convertido en una bola de carne atascada en la garganta que se hace cada vez más grande y no hay forma de moverla. En algún momento, alguien intuyó que el futuro estaría poblado por ociosos que dedican el poco tiempo libre que tienen a celebrar cosas. Y quien tuvo esta intuición empezó a construir macrodiscotecas, estadios de fútbol, bulevares en las playas, parques temáticos de todo tipo, mu-

seos de arte y festivales de rock donde el instrumento principal es el ukelele. Y he de decir que el ukelele es el instrumento más asqueroso que he escuchado en mi vida. Cuando suena me parece un enano contando chistes”. Al ver que el hombre no reacciona y sigue texteadando, Jimmy dice: “¿Sabes por qué le puse Led Zeppelin a la banda?” El hombre despega la mirada de la pantalla, niega con la cabeza, mientras intenta reconocerlo. “Por un inventor alemán que le puso su apellido al primer globo rígido dirigible con motor, que se conocería con el nombre de Zeppelin”. El hombre googlea el dato en su *smartphone* y dice: “Ferdinand von Zeppelin”. Jimmy balbucea entre tragos: “¡Exacto! Ese tipo era un loco”. Jimmy continua: “Zeppelin contaba que entre sueños una voz le decía que tenía que volar; y pues sí, lo hizo. ¿Tú no has soñado con volar? A mí desde pequeño me obsesiona la idea”. Al ver que el hombre tiene un *pin* de aviación y una bandera griega en la solapa del saco, Jimmy le dice: “Seguramente has escuchado sobre el mito de Ícaro y el laberinto del Minotauro, ¿no?” El hombre trata de buscar lo del mito en Google; pero se queda sin batería después de subir una *selfie* con Jimmy. Balbuceando le cuenta: “Ícaro es el hijo de Dédalo. Ambos están atrapados en un laberinto donde un minotauro los persigue. No me acuerdo por qué están allí; el caso es que Dédalo, que es un inventor como el Zeppelin del que hablábamos, idea unas alas con madera y plumas de ave que los pueden elevar por los cielos. Y le advierte a su hijo que las alas están pegadas con cera y que sí se acerca mucho al sol se van a derretir. Ícaro, igual que el pendejo de mi hijo adolescente, no escucha a su padre, y se le olvida no acercarse al sol. Está tan emocionado con volar que se acerca mucho y se le derriten las alas, cae al mar y muere”. Y señalando la fila interminable de aviones aparcados agrega: “Creo que el mito de Ícaro es la metáfora perfecta para definir la historia de la aviación. Pienso que nos habla de los límites mitológicos, que nos dicen que nuestro lugar no está en el aire; de hecho, en la Edad Media volar era algo tan sobrenatural que sólo podían hacerlo los ángeles o los demonios. La cosa cambia en el puto

Renacimiento; con Da Vinci todo es posible. Este cabrón idea una inmensa cantidad de máquinas de vuelo; ninguna despegó, pero todas quedaron pintadas. Quinientos años después llaman a los hermanos Wright los padres de la aviación, por mantener un armatoste en el aire por 59 segundos, pero yo lo que creo es que estos cabrones tomaron los dibujos de Da Vinci y los plagiaron”. Jimmy pide el tercer whisky y continúa: “Pero, bueno, definitivamente el mundo ya no fue el mismo cuando despegó el primer avión de los hermanos Wright. [sonido potente de aeroplano] Y aunque lo importante era lograr que estas máquinas pudieran transportar pasajeros, el primero en lograrlo de una forma cómoda, lujosa y *chic* fue nuestro amigo Zeppelin. A mediados de los treinta, el Zeppelin despegó de Frankfurt rumbo a Nueva York. ¡Era la máquina voladora más grande jamás construida!” Jimmy se levanta con el vaso vacío en la mano y exclama emocionado: “¿Te puedes imaginar?, era tan grande como tres campos de fútbol y era tan alto como un edificio de 13 pisos! Con ese aparato se vendía el sueño de volar de Europa a América en dos días. Atravesar el Atlántico volando fue más de lo que Da Vinci pudo haber soñado”. El mesero le sirve más whisky y le pide un autógrafo en una servilleta. Jimmy firma la servilleta y continúa: “Conquistamos los cielos; era un momento histórico para la humanidad. Después de dos días de vuelo en el Zeppelin todo es felicidad, champaña, camarotes con vista al mar para todos”. Después de darle fondo a su trago dice: “Y justo antes de tocar tierra en Nueva York, un chispazo detona un feroz incendio. En cuestión de segundos el Zeppelin se consume por completo con 97 personas a bordo. El Zeppelin reventó incendiado en llamas, como Ícaro”. Tras escuchar por los altavoces del aeropuerto que su vuelo está cancelado, Jimmy pide la botella completa al camarero y continúa: “Pero también a alguien se le va a ocurrir que los aviones pueden servir para la guerra; porque todo lo que se inventa el hombre alguien lo tuerce y lo usa para la guerra”. Da fondo a su trago y continúa pronunciando con dificultad: “Los zeppelines también se convirtieron en armas de des-

trucción masiva; ya sabes, el amor y el odio siempre van de la mano”. El hombre, impaciente por ver su *iPhone*, le pregunta: “Y, entonces, ¿por qué le pusiste Led Zeppelin a la banda?” Jimmy, responde: “Ah, el nombre... Yo había pensado en llamarle Ícaro a la banda, pero eso sonaba a una banda *hippie* con ukelele. Y Led Zeppelin en realidad surgió a raíz de un chiste de Keith Moon, cuando una vez dijo que la banda fracasaría como un ‘zeppelin de plomo’”. Jimmy sorbe de la botella y dice: “Y pues sí, nos desplomamos como el Zeppelin”. Jimmy y su nuevo amigo piden la cuenta y se marchan, botella en mano, a otro *pub* fuera del aeropuerto, donde Eric Clapton y Paul McCartney están festejando el cumpleaños de Ringo Starr. Led Zeppelin se separó en 1980 después de que el baterista John Bonham murió ahogado en su vómito durante una borrachera en una de las casas de Jimmy Page.

La economía

Un economista de noventa años con aspiraciones a filósofo está escribiendo una carta a su hija desde la cama de un hospital. Está enfermo de cáncer. Escribe: “Nuestros días están completamente impregnados por la economía. Está arraigada en nuestra idea del amor. Limpia las tumbas de los cementerios. Da de comer a los niños. Abre todas las mañanas las persianas de las cafeterías. La economía pone el despertador por la noche. De la mano, te enseña las ciudades que quieres visitar. Pone música en las fiestas y ambientación en los entierros. Te ofrece soya en vez de leche. Es la guapa y la fea a la vez. Te la puedes encontrar paseando por Zúrich, por Valparaíso, por Beirut, por todo Latinoamérica. Te la puedes encontrar vestida de Chanel, de boda, de uniforme, con ropa de segunda mano, con barba o con gel, rapada o con rastas, con botas, sandalias o con cresta punk. Y siempre te saludará y te tratará bien, y siempre tendrá un tema interesante de conversación. La economía es todas las posibilidades y sus

excepciones. Determinó las fronteras, ayudó a tirar el muro de Berlín, a bombardear Gaza, iluminó el estadio Azteca en el mundial; se pasea por Ciudad Juárez buscando mujeres, duerme abrazada todas las noches a Jeff Koons, envuelta en el magenta del papel celofán. Y la verás escondida en una conversación entre dos niños, escondida entre camas de hospital, disfrazada de sushi, de tarotista, de preservativo. Y en todas esas ocasiones te convencerá de todo, porque es infinitamente atractiva, porque es la única capaz de ordenar el mundo. Y al final, cuando llega la noche, todos volvemos con ella caminando a casa. Y en el sofá nos abraza y empezamos a besarnos. Y nosotros nos dejamos besar. Lo único que la economía todavía no ha podido comprar, lo único que no ha convencido y seducido, es al aburrimiento. El aburrimiento, de alguna forma, es contraeconómico. Las aventuras se practican en América. Las fantasías sexuales se sacian en Asia. La transgresión se vende en Europa. La libertad se ha confundido con la adrenalina. Las fiestas, las ciudades y las personas están obligadas a no ser aburridas, porque el aburrimiento huele a fracaso. Y, en definitiva, el aburrimiento no vende. Y creo que la vida tiene mucho aburrimiento. Y en el aburrimiento hay algo de verdad: No hay filtros. El aburrimiento no tiene neones ni vestuario; no tiene banda sonora. Y pienso que el aburrimiento aun esconde partículas del verdadero y ya extinto ritmo natural humano. Estar sin más. Mirar sin más. Caminar sin más. El día en que definitivamente decidimos apartarnos de la naturaleza fue el día que se confundió el aburrimiento con la pérdida de tiempo. Porque de esta supuesta pérdida de tiempo nace lo único que nos separa de los animales, la reflexión. Las cosas avanzaron porque alguien, en su día, reflexionó, y dijo: 'La tapa de la tetera se levanta con la fuerza del vapor. El aburrimiento es el tiempo exacto de las cosas'. Y nosotros, por una sobreestimulación constante, pensamos que toda falta de estímulo es una pérdida de tiempo. Por eso, por favor, exijo tiempo para aburrirme. No me entretengas, no quiero ver nada; no quiero ir a ningún sitio. Quiero que me trates como a las ove-

jas. Déjame pastando, bebiendo mi leche; tócame las tetas de vez en cuando, y al final mátame, cómeme y cágame, porque es lo único que sabemos hacer bien". Y aunque poca gente envíe cartas, el economista mantiene la costumbre, aunque sólo sea con los buenos amigos y con su hija. Hoy el economista está contento, ya que su hija poeta vendrá a visitarlo.

La marea

Cuando los plásticos más comunes se ven expuestos a la radiación solar, emiten al descomponerse dos potentes gases de efecto invernadero: metano y etileno. Los plásticos son una fuente de contaminantes que atrapan el calor. De entre todos los plásticos, el peor enemigo del clima es el polietileno; este material se utiliza, por ejemplo, en tus bolsas de las compras. Noticias, advertencias y pruebas se desbordaron por las redes, por todos los medios, y pocos hicieron algo, incluido yo. Me bebí todas las coca-colas que pude. Me llené de todo el plástico posible. Todo lo compré en Walmart; plástico bien manufacturado para clases medias-bajas con aspiraciones *chic*. Me fumé todo lo fumable. Consumí kilómetros de popotes, montañas de bolsas de plástico. Mareas, inundaciones, mucho calor, demasiado insoportable. Casi que cualquier cosa que usamos tiene algo de plástico. Hay plástico en el aire que respiramos, en muchos de los alimentos que comemos, en el agua que tomamos. Desde los años cincuenta, cuando empezamos a usar plástico de una manera prácticamente compulsiva, hemos tirado más de seiscientos treinta millones de toneladas. Es decir, hemos producido basura plástica suficiente como para cubrir todas las líneas costeras del planeta. Cada año se produce en el mundo tanto plástico que podríamos construir varias murallas chinas, o tapizar medio planeta. Nos estamos ahogando en plástico. "Bueno, hola... Bueno... Hay alguien allí..." El último ser humano negro naufraga en las costas de una playa europea. Los turistas que se hospedaban en el *resort* de aquella pla-

ya privada pidieron el reembolso al hotel y se molestaron con el gerente por haberles arruinado sus vacaciones. Se trasladan a otro hotel a unos kilómetros del primero. Antes de que hicieran el *chek in* en el otro *resort*, un *tsunami* los arrasó. Las costas se consumieron en su totalidad. Podría decirse que la humanidad naufragó como las islas de plástico. Las corrientes marítimas han arrastrado los cuerpos naufragados y no se distingue bien si son islas de basura o islas de cuerpos humanos. El mar vomitando sargazo; islas de plástico, islas de cuerpos, islas de mierda y alga muerta. Microplásticos en los ecosistemas y los estómagos de los animales. Los camarones que te comiste están llenos de microplásticos. Decenas de pingüinos son expulsados; se salvaguardan sobre una inmensa isla de plástico en el océano; hay una cigüeña atrapada en una bolsa de plástico; hay trescientas ochenta tortugas atrapadas en una red de plástico; hay un cangrejo ermitaño en el interior de una tapa de botella de plástico; otra tortuga sangra y se retuerce de dolor mientras le extraen con unas pinzas el popote de plástico que lleva atascado en una fosa nasal; el mar Caribe vomita toneladas de algas muertas por el exceso de excremento humano arrojado al océano por los grandes cruceros que transportan a millones de turistas cada segundo. ¡Pero quién va a pagar por el clima! De estas mareas materiales emergen recuerdos sobresaltados, sin dueño, historias mal narradas. Y los turistas que reclamaron por el naufragio del negro se revuelcan entre las mareas agitadas; uno de ellos se asfixia con una llanta Michelin; se me están ocurriendo algunas cosas, grita otro al pasar flotando, la boca llena de agua. Se desprenden masas de hielo en el horizonte, se derriten los glaciares [sonido del crujir del hielo].

Morir en el río

Mi papá trabajaba al otro lado del río. Era un campesino. Un campesino que defendía el río, la tierra. Los extranjeros construían proyectos de

mina, y no les gustó que mi papá se opusiera. Por eso lo mandaron matar. Lo asesinaron allí, en el río. En México, 108 defensores de bosques y selvas han sido asesinados en la última década. En este lapso se han cometido 125 crímenes contra luchadores ecologistas. De ese total, 82 eran indígenas.

Camille

A principios del siglo *xxi*, comunidades de todo el planeta sintieron una cierta urgencia frente a la destrucción de los modos de vivir y morir; una destrucción que afectó a los seres humanos y a otras criaturas en el tejido de nuestro vivir juntos en este planeta. En muchos lugares del mundo, las personas se encontraban profundamente cansadas de esperar soluciones externas, que nunca dieron respuesta ni a los problemas locales ni a los sistémicos. Así, estas comunidades sintieron una necesidad incontenible de fundirse con el mundo natural. Todas estas comunidades se formaron en torno a un sentimiento de necesidad que compartían; un anhelo, un deseo, un proyecto: vivir para recuperar a las criaturas de la tierra, las humanas y las no humanas. Querían aprender a cultivar las artes de vivir en un planeta dañado. Recuperar y restaurar allí donde se pudiera. Allí nació Camille *i*, en una comunidad que había decidido que se necesitaban al menos tres padres y madres para cada bebé nuevo. Y tener un hijo no se decidía así como así; era una decisión colectiva. Padre o madre podían gestar al bebé. Quien lo cargara hasta el nacimiento tendría que escoger un simbionte, una criatura animal o una planta, para que estuviera en simbiosis con el bebé humano durante toda la vida. La mujer que gestó a Camille *i*, en un sueño que tuvo durante el embarazo, escogió el simbionte de la mariposa monarca. Camille *i*, en su pubertad, podría hacer muchas cosas. Podría decidir alterar su cuerpo y hacerse hombre, mujer u otro. Podría conservar el cuerpo con el que había nacido o podría alterarlo parcialmente: un poco de esto, de lo otro, de aquello. Algunas modificaciones podrían ser irrever-

sibles; habría que aprender a vivir con las consecuencias. La comunidad no tenía miedo a este tipo de experimentación morfológica. Camille I eligió continuar con la simbiosis de mariposa y profundizarla. La historia comienza con la primera heredera de Camille I, Camille II, que nació mujer y en su adolescencia decidió seguir como mujer, pero quiso dejarse la barba. En la época de Camille I, las relaciones simbióticas no ocurrían aún a nivel molecular. Pero la biotecnología de la comunidad se fue desarrollando de tal forma que cuando Camille II nació era posible y hasta deseable que los simbioses y los humanos compartieran sustancia corporal y genética. Así que durante la pubertad, Camille II decidió que le implantaran en la cara una barba a partir de las células madre de las antenas de las mariposas. De manera que tenía la cara llena de antenas de mariposas. Y las antenas podían sentir, saborear el aire, saborear la comida... Camille II tenía agudizada la sensibilidad, lo que hizo que se intensificaran sus capacidades de cuidar y preocuparse por la supervivencia de las monarcas. La gente joven de la generación de Camille II se hacía implantes de células madre para reproducir en sus pieles motivos característicos de los insectos y las criaturas que cuidaban. Quienes se vinculaban simbióticamente al pulpo y al calamar se excitaban sexualmente y latían a la vez que los calamares, las sepias y los pulpos. Sus latidos producían espectáculos maravillosos de luz en sus pieles. Esta vinculación de lo humano con los animales y las plantas era la forma natural de existir, así como de hacer parentesco, pero no bebés; era un asunto para toda la vida; formar y reformar parentescos no se hacía instantáneamente. Las familias se hacían y se rehacían y a lo mejor reformaban sus casas y reescribían sus acuerdos. Se daba por sentado que hacer parentesco era algo para toda la vida y que las familias debían ser capaces de experimentar y cambiar. Por supuesto, se cometían errores terribles, pero la comunidad permanecía leal a resolver los problemas en colectivo, dejando atrás lo que alguna vez en el pasado se vivió como individualismo. De tal modo que individuos, organizaciones y comunidades,

grandes y pequeñas, se unieron entre sí, en comunidades como la de Camille, para remodelar la vida en la Tierra.

Luto animal

[Entra un oso polar. Deambula por el escenario]

[Voz en off]

Usted está parado en un hielo que se rompe. Mientras me miras deambular por este escenario en ruinas, los árboles gimen de rabia porque sus bosques ya no están. Una vaca llora al ser separada de su cría recién nacida. Puedes ser testigo de cómo cada animal llora al perder a sus crías. Un delfín enferma y toda la manada lo impulsa para que pueda continuar su tránsito; no se separan de él hasta que mejora. Un día, tú te levantas por la mañana y ves cómo se extinguen los osos polares. Tu reacción a esto es seguir con tu dedo a la siguiente noticia.

[Texto proyectado]

Las ballenas gestan a sus crías entre nueve y 18 meses. Los extensos procesos de duelo no son raros entre los cetáceos. La muerte de una cría es una tragedia devastadora.

[Voz en off]

Mientras me miras deambular, en el Pacífico hay una orca que mantiene a flote el cuerpo sin vida de su cría durante diecisiete días, mientras avanza junto a las otras por las frías aguas del océano; diecisiete días de buscar el punto exacto para empujar a su hijo sin vida, para que no sea arrastrado por la contracorriente; diecisiete días de resistir la fatiga, la incomodidad y el esfuerzo de nadar de manera tan poco orgánica; diecisiete días de delicadeza y determinación en un intento por prolongar la despedida. Ésta era

la primera cría en nacer en los últimos tres años dentro de la manada. No sabemos por qué murió.

[Voz en off]

Mientras todo esto pasa, en el mar Caribe hay un panorama sombrío: los arrecifes, que son la incubadora de los peces bebés, han perecido. Ahora son una gran fosa marina de donde se desprenden olores putrefactos. Un coral. Sí, imagina un coral. Es el único sobreviviente. Este coral hace un espectáculo de color; irradia toda clase de colores para morir; es su despedida, su último suspiro. Nos quiere regalar un bello final.

[Texto proyectado]

Al otro lado del mundo, en unas horas, en un cuarto de hospital, el economista morirá al terminar de escribir la carta para su hija. Mientras tanto, su hija está varada en un aeropuerto de alguna ciudad. La poeta mira por el gran ventanal el avión *low cost* que se supone la llevará a ver a su padre. No sabrá que su padre ha fallecido hasta que restablezcan, en un par de días, las redes de comunicación, que han colapsado por las altas temperaturas.

[Voz en off]

A lo lejos puedes escuchar a un perro que llora a aullidos porque lleva más de doce horas solo, extrañando a su amo que se encuentra trabajando en una oficina. Este perro morirá tres días después al resentir la prolongada ausencia de su entrañable amigo, con el que pasó sus doce años de vida. La causa de la muerte del perro será el estrés, motivado por la paralizadora tristeza de haber perdido todo lo que tenía en el mundo. La canción que escucharás a continuación te la dedica ese perro. [Suena la canción “All I need”, de Radiohead, y se proyecta la traducción.]

Discurso de Greta Thunberg

“Hola, buenas noches. Cuando tenía ocho años, escuché de algo llamado calentamiento global, o cambio climático, creado por los humanos con nuestro estilo de vida. Me dijeron que apagara las luces para ahorrar energía y reciclara papel para ahorrar recursos. Recuerdo, extrañamente, que no entendía muy bien el hecho de que los humanos, aun siendo sólo una especie animal, fuéramos capaces de cambiar el clima de la Tierra. Porque de ser así no se hablaría de nada más. Al encender la tele, esto sería el centro de atención. En periódicos, radios y noticieros no se leería ni se escucharía sobre otro tema. Pero nadie habla de eso. Si los combustibles fósiles son una amenaza, ¿por qué seguimos como si nada? ¿Por qué no ha habido restricciones? ¿Por qué no son ilegales? Para mí, no tiene sentido. Es demasiado irreal. Yo no entiendo por qué, si el cambio climático es una amenaza y un problema urgente, todos actúan igual que siempre. No lo entiendo. Si las emisiones de gases contaminantes deben parar, que paren. Para mí eso es blanco o negro. Cuando se trata de sobrevivir no hay áreas grises. Se pensaría que los líderes y los medios de comunicación tendrían que hablar, ¿no?, pero ni lo mencionan. Tampoco se habla de que estamos en la sexta extinción, con doscientas especies que desaparecen cada día. El promedio de extinción hoy es de entre mil y diez mil veces mayor de lo que se considera normal. ¿Por qué no hay menos emisiones? ¿Por qué aumentan? ¿Estamos provocando una extinción? ¿Somos malvados? No, claro que no. Las personas actúan así porque la mayoría no conoce los impactos de sus acciones cotidianas en el medio ambiente y no entiende que hay que cambiar. Si no hubiera una crisis causada por las emisiones de gases contaminantes no se verían señales, pero estamos viendo los efectos de esta crisis, como inundaciones, decenas de miles de muertes y naciones reducidas a escombros. A los once años enfermé. Caí en depresión. Dejé de hablar y de comer. En dos meses perdí diez kilos. Me diagnosticaron asperger, trastor-

no obsesivo compulsivo y mutismo selectivo, o sea que sólo hablo cuando creo que es necesario, como en este momento. Yo sabía que todo esto tenía mucho que ver con la crisis climática. Insistí en que mi familia se volviera vegana y dejara de usar aviones para reducir nuestra huella de carbono. Estaba muy preocupada; no sabía qué hacer. Aún no lo sé. Cuando ustedes piensan en el futuro no pasan del 2050; en ese año, en el mejor de los casos, yo estaré casi a la mitad de mi vida. Tendré 47 años. ¿Qué pasará después? En el 2080 cumpliré 77 años. Si tengo nietos, tal vez lo celebrarán conmigo. En el mejor de los casos. Tal vez mis nietos me pregunten por ustedes, las personas del 2019. Quizás pregunten por qué no hicieron nada cuando aún había tiempo de actuar. Lo que hagamos, o no, afecta toda mi vida, la de mis hijos y nietos. Lo que hagamos, o no, ahora, mi generación no lo podrá deshacer luego. Es por eso que en agosto del año pasado decidí que ya era suficiente. Hice huelga escolar por el clima. Mi demanda es muy simple: Presionar a mi país para reducir las emisiones de carbono, con base en lo establecido en el Acuerdo de París. Todos los viernes me siento frente al Parlamento durante la jornada escolar con este cartel [*Greta muestra el cartel, que dice: “Huelga escolar por el clima”*]. El cambio climático no va a esperar a que terminemos el colegio, y los políticos tienen que actuar ya. Por eso estoy aquí. Me dicen que debería de ir a la escuela o estudiar para ser una científica y “resolver la crisis climática”. Pero la crisis climática ya está resuelta. Ya tenemos los datos y las soluciones. Lo que hay que hacer es despertar y cambiar. ¿Para qué estudiar? ¿Para un futuro que no existirá porque nadie intenta salvarlo? ¿Para qué aprender del sistema educativo, si los datos más importantes dados por lo mejor de la ciencia dentro del mismo sistema son ignorados por los políticos y por la sociedad? Algunos dicen que mi país es pequeño, que no importa lo que hagamos; pero si unos niños pueden llamar la atención del mundo al faltar a la escuela unas semanas, imaginen lo que todos juntos podríamos lograr si quisiéramos. Yo pienso que nadie es demasiado pequeño para marcar la diferencia. Nos-

tros sólo somos niños protestando; no deberíamos estar haciendo esto; no tendríamos que hacerlo; ni sentir que nuestro futuro está amenazado hasta el punto de que tenemos que faltar a clases para luchar contra esto. Nuestra casa se está quemando. Y tenemos que hacer algo. Casi llegamos al final de mi charla, donde usualmente se habla de esperanza, paneles solares, energía eólica y economía circular, pero no haré eso. Ya hemos tenido treinta años de motivación e ideas optimistas. Y lo siento, pero no sirve. Porque si sirviera, las emisiones habrían disminuido. No es así. Y sí, necesitamos esperanza, por supuesto. Pero lo que más necesitamos es acción. Cuando actuemos, la esperanza estará allí, así que en lugar de esperanza busquemos la acción, solamente así llegará la esperanza. A diario usamos cien millones de barriles de petróleo. No hay políticas para cambiar eso. No hay reglas para dejar de usar ese petróleo. Así que no podemos salvar al mundo siguiendo las reglas, porque se deben cambiar las reglas. Todo debe cambiar. Y hay que empezar hoy” [Este discurso lo pronunció Greta Thunberg, una activista nacida en Suecia, de 16 años.]. Antes de empezar los ensayos de esta obra, Greta no era tan conocida como ahora; hoy ella es viral, a diferencia de los cientos de líderes asesinados en América y África por defender la Tierra. Honestamente, yo no sé muy bien qué pensar, pero si Greta tuvo el privilegio de ser escuchada por millones de jóvenes en todo el mundo, eso me hace sentir que algo se está moviendo. Yo no soy sueca, soy mexicana. Me llamo Julia Alós, tengo 16 años igual que Greta. Y a mí también me da miedo mi futuro.

Resistencia

[Collage visual de movimientos sociales de jóvenes que protestan por el cambio climático. El oso polar deambula por el escenario]

[Texto en pantalla]

El 20 de septiembre del 2020 tuvo lugar la tercera marcha del movimiento #FridaysforFuture (FFF) en México. Ese mismo día, diez millones de jóvenes protestaron en más de dos mil marchas en 123 países de todo el mundo. Estas y estos jóvenes tienen miedo, coraje, indignación. Sienten que “los grandes” las y los están dejando sin futuro, destruyendo el planeta en el que vivimos. Como dijo Greta Thunberg en su último discurso: “Ustedes nos están fallando, pero los jóvenes hemos comenzado a entender su traición”. Estos jóvenes ya no quieren discursos de falsas esperanzas, pero saben que la esperanza es necesaria y que brotará de la resistencia.

Fin